

FRENTE A LA NOCHEBUENA

Los devotos de Baco

¡Estos hombres...!—ha silabeado mi bondadoso contertulio, contemplando melancólicamente, en la fría anochecida invernal, la silenciosa recua de labriegos que vuelven de sus labores campesinas, el paso de menestrales, de obreros, que imprimen una mayor animación a las vías de la Ciudad.

Yo, un poco abstraído en la suave dulzura del crepúsculo,—de un vivo tono rojo, sangriento...—nada contesto...

—¡Estos hombres...!—repite con mayor vehemencia—son los eternos explotados, los eternos parias, los eternos esclavos del terruño, de la fábrica, de la oficina o del taller...

—Acaso...
—Y eso implica una injusticia detonante, una absurda injusticia que urge corregir...

—Evidentemente; pero de esa injusticia, de esa absurda injusticia, son ellos, en parte, responsables...

—¿Cómo? ¿Ellos responsables...?
—Sin duda: porque también son los eternos adaptados, los eternos sumisos al «medio ambiente» que respiran, los eternos enamorados de las tradiciones más decrepitas, los eternos idólatras de los más viejos usos...

—Pero comprenderás que todo ello...

—Lo que comprendo y me consta, para demostrarte la solidez de mi razón—interrumpo a mi amigo—es que en la próxima Nochebuena, que como sabes se celebra con un grosero, tumultuoso y disparatado culto a Baco, el advenimiento del Mesías; en esa alborotada noche, ya a la vista, que desde tiempo inmemorial acostumbrase a tomar como pretexto para soltar las bridas al instinto de todas las ordinarietas, de todas las brutalidades y de todos los excesos, presenciaremos una vez más, el consabido espectáculo humillante, indelicado, vergonzoso, que patentiza claramente la «petrificación» ideológica, el «encallecimiento» moral de las multitudes ignoras e insensibles...

—Pero comprenderás que todo ello—insiste completando la frase que le dejé truncada anteriormente—es fruto del abandono y la ignorancia...

—Preveía la réplica; es una «sávida» muy linda, un «argumento» precioso, un bello «lugar común» muy socorrido...

—¿Y por qué?
—Porque la ignorancia, no te niego, es gran incubadora de prejuicios, de resabios, pero no es tampoco un justificante absoluto de todas las torpezas y de todas las sinrazones; esta «teoría» de la ignorancia como salvoconducto de las aberraciones más intolerables, es—como dogma cerrado—inadmisible...

Hay que hacerla más dúctil, más flexible; hay que bucear en las cosas con ojo avizor y juicio ecuánime... La ignorancia será una rémora, pero por sobre toda la ignorancia existe en los espíritus—¡oh, Darwin!—«naturalmente» seleccionados, una instintiva curiosidad, una inquietud divina, un espontáneo impulso, una «voluntad», en suma, que culmina en el feliz aserto de Longfellow: «Decidete y serás libre», o en aquel otro del Doctor Marden: «Cuando la Naturaleza o el azar agravan las dificultades, el ingenio se afina, se aviva...» Y es un dolor tremendo, ver a todas estas buenas gentes sometidas a la indigna reata de una rutina despreciable, como en la Nochebuena ocurre, en vergonzoso parangón

con asquerosos señoritos chulos y con ridículos viejos babeantes en un festín de horrores báquicos...

—No debo negar la evidencia...
—¡Ah!, y si la negases sería idéntico... Hay en esta población,—para discurrir dentro del escenario de nuestra vida cotidiana—un número «fantástico» de antros tabernarios, y se bebe a todas horas, glotonamente, tercamente, como los borrachos de sainete, no como un Poe o un Baudelaire para «sumergirse» en el encanto artificial de artísticas mansiones ideales...

—Para que no sintáis el fardo horrible del tiempo que os lacera los hombros y que inclina vuestra sombría frente hacia la tierra, debéis hallaros siempre bajo el peso de una embriaguez inmensa...

¿De qué?—decís. De vino, de poesía, de virtud, de entusiasmo, de belleza... A vuestra voluntad... Pero ¡embriagados! que la embriaguez es luz de la existencia...

Embriagarse así, con esta «salvadora» embriaguez metafísica, resultaría disculpable... Mas no es con tal finalidad, con tal exquisitez de espíritu, con la que acostumbra a liberarse el espeso mosto manchego, que en el día de Nochebuena centuplica su caudal... No: se bebe para «desatarse» en tozudeces de mal gusto, para «endurecerse» el cerebro neciamente, para cometer sin reparo todo género de acciones bajas, toscas y plebeyas... Estos «ingeridores» vulgares de las alcohólicas bebidas, podrán quizá morir como el viejo poeta de Teos—aquél risueño Anacreonte que ornó de pámpanos su lira, seiscientos años antes de nacer Cristo, la mística fiesta religiosa ahora conmemorada—«ahogados por la pepita de una uva», si hemos de comulgar en la referencia de Hure; pero lo que no podrán nunca, nunca, es comprender la ligereza alada de sus Odas, el ágil aticismo de su inspiración regocijada, que tan mágicamente cantó la alegría y el vino... ¡oh, vate prodigioso de la remota Grecia! No cabe, por tanto, extrañar que cuando así son los hombres y los pueblos, dichosos en su modorra perdurable, se desarrolle el despotismo sin freno ni medida y surjan hombres, cual Cánovas, que afirmen que «España es un presidio suelto», o cual Silvela, que «España es un país sin pulso», o cual el magno león de Graus, que «España es un país de eunucos...»

—Todo esto es realmente innegable, dolorosamente innegable...
—Celebro mucho que nos vayamos entendiendo. Todos los males, ¡créelo! se derivan de ahí, de la «falta de curiosidad espiritual» y de la «sobra de indiferencia, de rutina, de brutalidad y de estolidez» que nos asfixia, que nos castra el estímulo, la energía, la generosidad, el valor cívico... Y es preciso, como primera cualidad, valor; pero no el valor irresponsable e inconsciente, sino el valor sereno y reflexivo que conduce a las empresas máximas...

—¿Es valor—preguntaba Tolstoy—la acometida ciega, el impulso mecánico, la irritación dramática...? No—se contestaba el gran filósofo así mismo—;valor es la resistencia pasiva, el esfuerzo callado y constante...

—Y aquí nadie resiste a lo viejo, nadie sabe del esfuerzo callado...
—Nadie... Sobra voluntad y decisión para todo lo mediocre y no cívico: falta voluntad y decisión para todo lo radical y lo altruista... ¡Los temperamentos nobles y elevados tienen, inquestionablemente, que rendirse en la estéril contienda...!

—Ciertamente: ¡Es una iniquidad!

—Y algo peor, algo mucho más triste... ¡Una lástima! ¡Una lástima irreparable, maldita!... «Las almas frías, los ciegos de espíritu, los borrachos de vulgaridad, no tienen lo que yo llamo corazón»—dice el autor de «La Gaya Ciencia».

—¡Y es una luminosa afirmación! —Sí, pero... ¿no lo oyes...?, la ronca voz de las zambombas, el tembloroso ritmo de las panderetas, y el bufo griterío de los fieles del dios Baco ¡destruyen la luminosa afirmación...!

Manuel CAMACHO BENEYTEZ

PAJARITAS DE PAPEL

¡HOY SALE, HOY!

Todos, con febril deseo, esperamos este día, en que de la «Lotería» se verifica el sorteo, pues aunque todos los meses, con el mismo ritual, en la «timba nacional», se «hace juego» varias veces, nunca causan la ansiedad, ni las hondas emociones, que esta lluvia de millones de «Pascua de Navidad», que igual el grande que el chico, en esta pobre nación, no tiene otra aspiración que el hacerse pronto rico, y se le va la cabeza pensando en el premio «obeso», que en la opulencia de «Creso» ha de trocar su pobreza, devanando su quimera con inefable emoción, sin ver que sus cuentas son las «cuentas de la Lechera», y sin acordarse de que, cuando piensan, de un modo sincero, cómo emplear el dinero que les va a entrar «de rositas».

Unos tienen en cartera mil negocios a emprender, que harán su caudal crecer de fabulosa manera, y otros en mujeres, en diversiones y orgías, en que transcurran sus días entre juergas y placeres, mas pronto se desvanecen tan rosada perspectiva, porque la «Fortuna», esquiva, se esfuma y desaparece.

Al que en la «Lista Oficial» su número no encontró, se le pone la «jérr», más triste que un funeral, no por los «viles» millones que de sus manos volaron sino, porque se mustiaron sus más bellas ilusiones.

A medida que el sorteo loterístico se va sabiendo, a la par va descendiendo de «tipo» nuestro deseo;

Todos sueñan con el «gordo» al principio, o por lo menos, con premios que estén «bien llenos» cual metidos en engordo; tras los primeros listines, ciframos nuestra ilusión en una «aproximación», igual que pasa en los «cines»; y en fin, cualquiera desea, viendo frustrado su empeño, coger un premio pequeño en la módica «pedrea»; mas, si nuestro sino negro, ni a tal «futesa» alcanzara, decimos, ¡si nos tocara un consolador reintegro...!

Lectores, yo les deseo con todo mi corazón, que tengun un alegrón en el presente sorteo; sino, el «ño venidero pueden tener mejor «pata», que «el que la sigue, la mata...» y se queda sin dinero...

TOMÁS ALMODOVAR

Este número se publica con la Censura Militar.

LA TRAMOYA POLÍTICA

LA CRISIS DEL "PATRIOTISMO"

Larra y Stendhal

El horror a la crítica.—Un «patriota» juzgado por Larra.—La divisa stendhaliana.—Examinemos...—Pompas de espuma.—El reto y otros matices.—Para terminar.

Hay en el Palacio de las Columnas en una galería ensamblada con pódicos de Luni y decorada con soberbias creaciones del Tiziano y del Dominiquino, un album en pergamino miniado que debió trabajar un artífice exquisito del Renacimiento para delectación de una Médicis. En este album que contiene—en una variedad multiforme—versos sonrosados de Petrarca y sentencias agudas del Decamerón, puede leerse este inciso que inspiró a Maquiavelo las páginas más penetrantes de *El Príncipe*: «Un pueblo sin conciencia es un pueblo muerto. La conciencia de un pueblo adquiere su máxima sensibilidad en el conocimiento de sí mismo...» He aquí trasvasado a un problema de política, el problema culminante en todas las interrogaciones españolas. El conocimiento de España. Pero es que conocer a un pueblo es reflexionar, ponderar, medir, contrastar, obtener en un crisol de crítica depurada las esencias más puras y más exquisitas de sus virtudes, decantadas de toda esa turba que produce la cantera viva de la raza. Y este problema de interpretación de valores que trata de definir la conciencia de nuestra nación, aquilatando su peso específico y limpiándola de falsos prejuicios exclusivistas, ha culminado en las páginas de Costa y en las meditaciones de Giner de los Ríos con un profundo sentido dramático, que los bufones atribuyeron a desesperanza. No, es un deseo vehemente de formar el concepto del verdadero patriotismo; es la simpatía por valorar la cultura española, por contrastar sus méritos, por juzgar sus virtudes y censurar sus vicios, por descubrir entre la pompa artificiosa y decorativa el verdadero espíritu de España. Hay en «El Pobrecito Habla» de Mariano José de Larra una pintura cruda y amena de un clásico patriota español. «El Castellano Viejo» se titula la admirable monografía. Y es un patriota que repugna a ultranza todos los valores extranjeros; que defiende los vinos, las mujeres, el cielo de España a trueque de anatematizar el Borgoña y el Oporto, la feminidad parisina, el cielo dorado de Niza o el rubio cristal de la cúpula del Tiber... «Es un hombre en fin que vive de exclusivas» apostilla, finalizando, Larra.

¿Es este el verdadero patriotismo? ¿Consiste la esencia de nuestro amor a España—y dentro del vasto panorama incluyamos a nuestro solar manchego—en aceptar, con un criterio rígido e inexorable, todo nuestro patrimonio moral e ideológico, toda nuestra significación, blandengue y atrabiliaria, de gestos y de gritos, de alharacas, de pompas y de claudicaciones, en el ritmo integral de la humanidad nueva?

En un libro—*Racine y Shakespeare*—de Stendhal, existe un diálogo de una simplicidad maravillosa y sugestiva.

—El viejo—Continuemos...
—El joven—Examinemos...

He aquí todo el siglo XIX—dice Stendhal—He aquí también la divisa que campea en el frontis de esta hoja periodística que unos cuantos espíritus románticos y devotos escribimos con una ansia irrefrenada de contribuir a un progreso más rico, más humano y más justo para el solar de nuestra tierra. ¿Continuamos con todo lo falso, con todo lo podrido, con todo lo herumbroso, con todo lo macado? No, no continuemos. Examinemos todo lo que hay de noble y de hediondo, todo lo que es bueno y todo lo que es ficticio, la carne joven y sana de nuestra raza y las macas gangrenadas que pueden contagiar de virus desbordante. Aunque al examinarlo nos produzcan con ese tono de asperidad de esmer que resalta en la prosa de Macías-Picavea o tenga nuestro adolorido lamento la cruda ansiedad lacerante de los ritmos más vigorosos y viriles de Costa...

Estimo de una elemental prudencia inquirir la personalidad categórica del personaje que intenta conmigo dialogar. Creo que tengo derecho, antes de enfrascarnos en una conversación así, a conocer con quien he de sostener la concordancia de nuestros juicios dispares. Quien se haya llamado a engaño porque en mi artículo anterior, rehú toda contaminación con una algarabía estridente, es que no ha interpretado exactamente el valor gramatical de mis palabras. Dije que no me prestaba a contender acaloradamente ante la fúndida exquisita de los abonados al título del «hule» mientras el lenguaje no adquiere la fluidez ponderada de la inteligencia y del raciocinio. Cuando me convencí de que lo

que se intenta es contrastar con mesura, con serena templanza, con armónicos y elegantes perfiles espirituales el problema regionalista manchego y se expurguen del léxico las retenciones de mal gusto, los detalles ornamentales de baratillo y los gestos impertinentes de una masculinidad que ni he provocado, ni discutido ni me aturde como bravata, accederé complacido, con el vivo deleite de quien anhela prestar a su país la contribución generosa de su corazón y de su cerebro.

Me interesa solamente la finalidad práctica de la discusión. Porque estoy convencido de que cuando limemos la agriada acícula de los ataques inmotivados y nos produzcan con honesta corrección ejemplar, esta masa puerca y espesa de espectadores que ansian las vociferaciones y los insultos, nos volverá la espalda, incapacitada para seguir con turbación emocional el gráfico de los altos intercambios intelectuales. Y estoy convencido además de que el problema que vamos a discutir se nos va a romper entre las manos, como esas pompas que forma la espuma en el hervor del agua accidentada. ¿Plantear en la Mancha un problema de regionalismo, de estímulos conjuntos y federativos con un espíritu público de ferocidad individualista y selvática? ¿El regionalismo que es un sentimiento de comunidad concordada, de favores paralelos y de sensibilidad civil? La esencia de aquel artículo mío que socorronamente pretendía establecer el centro futuro de la región manchega en la ingente nidada de Huertezuelas, arrastraba en el fondo una profunda lava de incompreensión. Significaba la protesta contra una disputa apasionada de ciudades hermanadas, por una meta que se notamente se perfila en el horizonte de la política del Directorio.

Formuladas estas observaciones estoy a la disposición de mi compañero el Sr. Recio para dialogar sobre temas de palpitante interés para la Mancha y me inhibo de contestar a un señor embozado que ha tenido para mí las mayores desconsideraciones personales.

Porque atribuirme—aparte los vómitos de impropiedades—una sensibilidad política atrabiliaria y acomodaticia, a mí que siempre he confesado y practicado un credo de rabioso apolitismo y deslizar para la plebe ignara la inconsecuencia de que loé al Sr. Martínez Campos y le satirizé sincronicamente, es faltar a la verdad sabiendo que no puede probarse la loa lacayuna y tienen explicación los fustazos que LA TIERRA HIDALGA dispensó con pristina independencia a quien predicando un programa de desenmascaramiento de cuculólogos tendió sus brazos después para que el Marqués de Aldama los enlazara con trémula emoción, en un abrazo de incomprensibles arrosos hermanados.

En la tribuna de la prensa—¿que más público púlpito de auditorio innumerable?—discurriré con cualquier compañero, de mayor perspicacia y de mayor valor intelectual que el mío, sobre este mismo problema que nos incita y ¡ojalá que nuestras preocupaciones despierten en el ánimo encogido de esta tierra nuestra, captada como una concubina por los corifeos de las taifas tundidas por la revolución militar, una viva curiosidad y un radiante entusiasmo renovador y florecido!

Ya se yó que algún espíritu malévolo juzgará pretenciosa mi jactancia de someter a crítica los viejos valores tradicionales manchegos. A dicho enjuiciamiento se rendirán los que aprecien química la obra de remover, como una aspa de luz, las tinieblas profundas del alma dormida de la Mancha. Yo tengo presente siempre a aquellas inolvidables frases de Quinet sobre el espíritu heroico de esos grupos dispersos y prematuros que preceden en las hondas revoluciones humanas a la iniciación de las muchedumbres. También para los precusores tenían los Dioses de Pericles la fresca palma de los elegidos. Y tengo la esperanza de que cuando florezcan las rosas en el jardín de mi tierra y abran los almendros sus copas de nieve en una primavera alegre y rosada, yo tendré la primicia de una vara toda llena de rosas para coronar con ella la frente de la Estinge que ha sonreído con clara euforia ante la invocación del porvenir remoto y perdurable...

David RAYO